

que lo alcancen con su influencia. De Manuel Gálvez dice Borges displicentemente en *El Tamaño de mi Esperanza*: «La *Historia de arrabal* por Manuel Gálvez es una paráfrasis de la letra de cualquier tango, muy prosificada y deshecha». (p. 24)

Por descarte nos vamos acercando a la respuesta natural: el eslabón perdido es precisamente Güiraldes, el magnetismo de este escritor, la intimidad con un hombre abierto y fascinante cuya mesa compartía todos los jueves Borges, en compañía de Adelina —como luego lo hará con Adolfo Bioy Casares y Silvina Ocampo, en otra etapa de su vida. Borges llegaba por aquel entonces a la tarde al departamento de los Güiraldes en la calle Solís, cerca del Congreso, y solía retirarse a la madrugada (María Esther Vázquez: *Jorge Luis Borges. Esplendor y derrota*. Tusquets, 1996, p. 95). Con sus compañeros de *Proa*, Borges visita *La Porteña* (Alejandro Vaccaro. *Georgie 1899-1930*, Editorial Proa, 1996, p. 308), la estancia de los Güiraldes: acaso ésta haya sido para él la primera ocasión de vislumbrar la carga emocional del paisaje que fascinaba a su amigo mayor. Acaso sea con Güiraldes con quien aprenda Borges a bailar el tango, como sugiere Vázquez. Lo que es seguro es que son los Güiraldes quienes le presentarán a Victoria Ocampo, una presencia y un contacto imprescindible, junto con *Sur*, para el definitivo lanzamiento internacional de Borges, años más tarde. Güiraldes no sólo tenía en común con él la experiencia de una prolongada aventura europea; se proponía asimismo una renovación de la literatura argentina que de algún modo sería también una suerte de revolución personal para él mismo, intento que también era el de Borges.

El mandato de Valéry Larbaud, decir la pampa estéticamente, no cae en terreno infecundo en Güiraldes —pero a través de su ejemplo precursor, se vuelve también una tentación irresistible para el mismo Borges. Por sorprendente que pueda parecer nos acercamos así a una conclusión insoslayable: *El tamaño de mi esperanza* es el testimonio y el fruto de la amistad y la innegable atracción intelectual del primer Borges por Güiraldes.

La excomunión de Lugones por Borges

Hasta aquí hemos estado viendo la empresa de canonización de Güiraldes por parte de un Borges impetuoso y generoso; nos falta por ver una empresa más difícil y menos conocida, la de la excomunión de Lugones por Borges. Ya anteriormente, con motivo de *El Payador*, había llamado Borges a Lugones —que a su vez había repudiado a los ultraístas— «foraste-

ro grecizante». El doble epíteto –que podría traducirse como «cordobés pedante»– no podía dejar de sonar a insulto.

He aquí un notable fragmento de su reseña a *Romancero* de Leopoldo Lugones (*El tamaño de mi esperanza*, p. 95): «Muy casi nadie, muy frangollón, muy ripioso, se nos evidencia don Leopoldo Lugones en este libro» dice Borges desde el comienzo. «Si un poeta rima en **ul** como Lugones, tiene que azular algo enseguida para disponer de un azul o armar un viaje para que le dejen llevar un baúl u otras indignidades». «A ver, amigos, ¿qué les parece esta preciosura?

Ilusión que las alas tiende
En un frágil moño de tul
Y al corazón sensible prende
Su insidioso alfiler azul.

Esta quarteta es la última carta de la baraja y es pésima, no solamente por los ripios que sobrelleva, sino por su miseria espiritual, por lo insignificativo de su alma. Esta quarteta indecisa, pavota y frívola, es un resumen del *Romancero*. El pecado del libro está en el no ser; en el ser casi libro en blanco, molestamente espolvoreado de lirios, moños, sedas, rosas y fuentes y otras consecuencias vistosas de la jardinería y la sastrería. De los talleres de corte y confección, mejor dicho» (...)

«Lugones dice de una pobre rana nochera que es una tecla de cristal en el piano de la luna. Me alegran las metáforas que ennoblecen, pero no éstas que todo lo rebajan a cachivache». «No hay una idea que sea de él; no hay un solo paisaje en el universo que por derecho de conquista sea suyo. *No ha mirado ninguna cosa con ojos de eternidad* (cursiva mía, I.B.). Hoy, ya bien arrimado a la gloria y ya en descanso del tesonero ejercicio de ser un genio permanente, ha querido hablar con voz propia y se la hemos escuchado en el *Romancero* y nos ha dicho su nadería. ¡Qué vergüenza para sus fieles, qué humillación!»

Borges insolente, Borges valiente: al fin y al cabo, escritor joven no aún establecido entre sus mayores, se estaba midiendo con el máximo árbitro de la literatura argentina, y él bien lo sabía. Pero aún en la excesiva acritud y el innecesario descaro de estas líneas, late una verdad irrefutable y necesaria, como una fresca bofetada de realidad ante el solemne desfile de los obsecuentes. El posmodernismo, con su secuela de opacidades y ambivalencias estratégicas, nos ha desacostumbrado del puñado de sal que sala a la tierra y le asegura su vitalidad.

And yet, and yet... Con el tiempo Borges depondrá iracundias, se someterá al juicio de la historia que magnifica a Lugones y –oh ironía– escribi-

rá con Bettina Edelberg una notable apología de Lugones (Jorge Luis Borges y Bettina Edelberg: *Leopoldo Lugones*, Editorial Troquel, 1955). Y no sólo de Lugones sino precisamente, ay, del *Romancero*, libro donde «el lirismo de Lugones llega a su plenitud». Pero estamos en 1955, una fecha crucial. Borges es famoso y han pasado treinta años. Y no en vano. Pero no nos adelantemos a los hechos. Antes de presenciar el cambio de rumbo de Borges en sus admiraciones y desdenes es preciso estudiar la recepción que su medio da a *El tamaño de mi esperanza* —ya que el cambio de rumbo del que hablamos tiene no poco que ver con un clamoroso derrumbe de la precoz trayectoria borgeana, hasta entonces invicta.

El fracaso de una esperanza

En el mismo mes, agosto de 1926 y en la misma editorial, *Proa*, aparecen *Don Segundo Sombra* y *El tamaño de mi esperanza*, dos frutos tempranos y ya maduros del nuevo criollismo. Dos frutos complementarios; en Güiraldes el criollismo se vuelca en narrativa, en Borges se vuelve un programa ensayístico y crítico. Quien se llevará la palma, sin duda alguna, pero también sin que ninguna expectativa lo sugiriera, es *Don Segundo Sombra*. En el *Martín Fierro*, los adelantos y críticas elogiosas al *Don Segundo Sombra* ocuparán páginas y páginas.

En *Martín Fierro*, *El tamaño de mi esperanza* merece en septiembre de 1926, sólo una breve nota de Francisco Luis Bernárdez, desafortunadamente titulada «Un Borges de entrecasa». La intención aparente del crítico es subrayar la importancia del regreso y el afincamiento definitivo de Borges entre la *gens* porteña, pero la relevancia de la nueva dimensión del criollismo avistada desde las páginas de este libro valiente y solitario pasa completamente inadvertida. Bernárdez llega a hablar obtusamente de la tranquilidad de este libro, «donde no hay una palabra más alta que otra». La feroz pero fundamentalmente atinada descarga de artillería contra Lugones no parece haber sido escuchada ni siquiera por los amigos próximos de Borges, que se jactaban de ser la vanguardia antilugoniana más prominente del país.

Desde la trinchera opuesta, los escritores de Boedo no escatiman sus invectivas y para más escarnio, unen la desaparición de *Proa* a la hecatombe de *El tamaño de mi esperanza*. Así se expresan en 1926, en un artículo titulado «Sobre el cierre de *Proa*», *Los pensadores*: «Muy superior a esta revista era la que editaban los cuerdos del Hospital de las Mercedes. Por lo menos no había allí nadie que se vanagloriara de haberle descubrier-

to el agujero al mate, como acontece con el payador Jorge Luis Borges, que no otra cosa quiere probarnos este mozo que escribe «espaciosidá» y «falsiada» para hacerse el criollo y a lo mejor, con tanto versito y tantas macanas no sabe ni montar a caballo».

Las reacciones a *Don Segundo Sombra*, en cambio, son inmediatamente positivas –arrasadoramente positivas. En *Martín Fierro*, el periódico literario más importante de la época, en el que también colaboraban, como ya hemos visto, Güiraldes y Borges, se publican como adelanto dos capítulos de *Don Segundo Sombra*, el 8 de julio de 1926. En octubre de 1926, en el mismo periódico, aparece un artículo de Leopoldo Marechal, «El gaucho y la nueva literatura rioplatense», donde leemos: «*Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes me parece la obra más honrada que se ha escrito hasta ahora sobre el asunto. El autor destierra ese tipo de gaucho inepto, sanguinario y vicioso que ha loado una mala literatura popular; y ese otro que es casi un semidiós de bambalinas». El gaucho inepto y sanguinario es aquí, sin duda, Juan Moreira, el protagonista de los conocidos folletines de Eduardo Gutiérrez. Pero Marechal, temeroso, y con razón, de la anexión de este tipo de símbolo que podía producirse por parte del ala conservadora y nacionalista de la literatura oficial, advierte también: «Olvidemos al gaucho. En el umbral de los días nuevos crece otra leyenda más grande y más digna de nuestro verso...»

Al lado de esta crítica, un artículo titulado «Editoriales *Proa y Martín Fierro*» nos señala: «*Don Segundo Sombra* marca el punto álgido en la obra de Ricardo Güiraldes, excelente negocio de librería, el más seguro y sólido del momento, como que ya está colocada la segunda edición de cinco mil ejemplares (y se prepara una tercera) antes de ponerse a la venta. Batió en el mes de agosto el último récord de exposición en vitrinas de quince grandes librerías, uno de los factores que hicieron vender la edición en tres semanas». Como puede verse, este estilo anticipa el best-sellerismo de nuestros días con asombrosa exactitud. En una carta de Adelina del Carril a Larbaud de octubre de 1926, la mujer de Güiraldes dice que «el libro ha caído con suerte, ya ha entrado en el corazón del público... en veinte días se ha agotado la primera impresión de 2.000 ejemplares y ya está colocada la segunda de 5.000 que actualmente se está imprimiendo y estará pronta a fin de mes». También se comenta el efecto multiplicativo del artículo de Lugones; ya se habla entonces del Premio Nacional, una suma de 30.000 pesos, que no representaban poco para las averiadas finanzas de la pareja.

Aquí cabe preguntarse si el tiraje extraordinario de la primera edición obedecía ya a una firme expectativa en Evar Méndez y en Güiraldes o a otra circunstancia excepcional. El contraste de las ediciones de *Don Segun-*